

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**  
PASTOR

Last Sunday was Father's Day and I took the opportunity to have the weekend off from my pastoral duties. As you can see from the announcement in today's bulletin about the new Mass schedule for the City of Hazleton, it may be harder to come by opportunities like that in the future. Anyway, I attended Mass in the area and heard a very good homily for sure. The homilist began by remembering to the fathers gathered for worship that Saint Joseph is our big intercessor on this holiday. He also mentioned he wondered if Mary ever said to Jesus, "Wait until your father gets home." We all chuckled and I continued to muse about what Jesus would have said in reply to his mother if she had ever said that to him.

I remember what he said to Mary and Joseph when he was 12 and lost in Jerusalem. Jesus' reply was "Why were you looking for me? Didn't you know I had to be in my Father's house?" On another occasion, he would say to his disciples, "If you have seen me, you have seen the Father."

Now, when a mother says to her daughter or son, "Wait until your father gets home," it usually means the child must be disciplined. The connotation is someone is going to get it because someone is in trouble. Well, I guess in a certain sense we were in trouble because of our sinful ways. So, by sending Jesus, who is the image of the Father, we got some discipline.

But the discipline we got was not punishment for the wrongdoing as the saying "Wait until your father gets home," connotes. What we received from Jesus is closer to what discipline means, that is, to learn a lesson. And disciples, those in Jesus' day and us too, are active learners. Jesus taught many lessons about staying on the right path and knowing which ones not to travel. The greatest lesson we have learned though is that we didn't receive the punishment. Jesus, the Father's Son and our brother, took the punishment we all deserved.

Now, moms and dads, try to remember that when we have to say, "Wait until your father gets home," the occasion is a teachable moment for the child. It's not only about punishment because any punishment should be about learning a lesson. And don't forget, if Jesus took the rap for you and me, don't come down so hard on your child such that the lesson gets lost on your child who is your very own disciple in the Lord.

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**  
PASTOR

El domingo pasado fue el Día del Padre y aproveché la oportunidad para tomarme el fin de semana libre de mis obligaciones pastorales. Como pueden ver en el anuncio del boletín de hoy sobre el nuevo horario de misas para la ciudad de Hazleton, tal vez sea más difícil tener oportunidades como esa en el futuro.

De todos modos, asistí a una misa en la zona y, sin duda, escuché una homilía muy buena. El homilista comenzó recordándoles a los padres reunidos para el culto que San José es nuestro gran intercesor en esta festividad. También mencionó que se preguntaba si María le habrá dicho alguna vez a Jesús: “Espera a que tu papá llegue a casa”. Todos nos reímos un poco y yo seguí reflexionando sobre qué le habría respondido Jesús a su madre si ella alguna vez le hubiera dicho eso.

Recuerdo lo que les dijo a María y a José cuando tenía 12 años y se perdió en Jerusalén. La respuesta de Jesús fue: “¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?”. En otra ocasión, les diría a sus discípulos: “Si me han visto a mí, han visto al Padre”.

Ahora bien, cuando una madre le dice a su hija o a su hijo: “Esperen a que llegue tu papá a casa”, por lo general significa que el niño debe recibir un castigo. La connotación es que alguien va a recibir su merecido porque está en problemas. Bueno, supongo que, en cierto sentido, estábamos en problemas debido a nuestras formas pecaminosas. Así que, al enviar a Jesús, quien es la imagen del Padre, recibimos un castigo.

Pero la disciplina que recibimos no fue un castigo por las malas acciones, como lo sugiere la frase “Espera a que llegue tu papá a casa”.

Lo que recibimos de Jesús se acerca más al significado de la disciplina, es decir, aprender una lección. Y los discípulos, tanto los de la época de Jesús como nosotros, somos aprendices activos. Jesús nos enseñó muchas lecciones sobre cómo mantenernos en el camino correcto y saber cuáles no debemos tomar. Sin embargo, la lección más importante que hemos aprendido es que no recibimos el castigo. Jesús, el Hijo del Padre y nuestro hermano, asumió el castigo que todos merecíamos.

Ahora, mamás y papás, traten de recordar que cuando tenemos que decir: “Espera a que llegue tu papá a casa”, esa ocasión es un momento de aprendizaje para el niño. No se trata solo de un castigo, porque cualquier castigo debería servir para aprender una lección. Y no olviden: si Jesús asumió la culpa por ustedes y por mí, no sean tan duros con su hijo, para que la lección no se pierda en él, quien es su propio discípulo en el Señor.



Querida familia de Nuestra Señora de la Paz:

La Palabra de Dios de este XIII Domingo del Tiempo Ordinario nos invita a reflexionar sobre la radicalidad del seguimiento de Jesucristo. En el Evangelio, el Señor nos presenta palabras exigentes: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí». Jesús no nos pide dejar de amar a nuestra familia; nos enseña que Dios debe ocupar el primer lugar en nuestro corazón. Cuando Cristo es el centro de nuestra vida, aprendemos a amar mejor a todos los demás.

La primera lectura nos presenta a la mujer de Sunem, quien reconoce en el profeta Eliseo a un hombre de Dios y le abre las puertas de su hogar con generosidad. Su hospitalidad no nace del interés ni de la conveniencia, sino de una fe sincera que sabe descubrir la presencia de Dios en medio de la vida cotidiana. Como recompensa, el Señor bendice abundantemente a esta familia. La Palabra nos recuerda que cada gesto de acogida, servicio y caridad realizado por amor a Dios nunca queda sin fruto.

San Pablo, en la carta a los Romanos, nos lleva a contemplar el significado profundo de nuestro Bautismo. Por él hemos sido incorporados a la muerte y resurrección de Cristo. El cristiano no está llamado simplemente a cumplir algunas normas religiosas; está llamado a vivir una vida nueva. Hemos muerto al pecado para caminar en la libertad de los hijos de Dios. Cada día debemos renovar esta identidad bautismal, dejando atrás aquello que nos aleja del Señor y abrazando una existencia marcada por la fe, la esperanza y la caridad.

Finalmente, Jesús nos recuerda que incluso el más pequeño acto de amor realizado por causa del Evangelio tiene un valor inmenso ante Dios. «Quien dé un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por ser discípulo, no quedará sin recompensa». En una cultura que muchas veces busca reconocimiento y prestigio, Cristo nos enseña que los gestos sencillos, ocultos y humildes poseen una grandeza eterna cuando nacen del amor.

Que esta Eucaristía nos ayude a renovar nuestra decisión de poner a Cristo en el centro de nuestra vida, vivir con fidelidad las gracias de nuestro Bautismo y servir generosamente a los demás, descubriendo en cada persona el rostro mismo del Señor.

Que María Santísima nos enseñe a seguir a Jesús con un corazón indiviso y fiel.

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**  
ASSISTANT PASTOR

Dear Our Lady of Peace Family,

The Word of God for this Thirteenth Sunday in Ordinary Time invites us to reflect on the radical commitment required to follow Jesus Christ. In the Gospel, the Lord speaks challenging words: “Whoever loves father or mother more than me is not worthy of me.” Jesus is not asking us to love our families less; rather, He teaches us that God must hold first place in our hearts. When Christ is at the center of our lives, we learn to love everyone else more authentically and completely.

In the First Reading, we encounter the Shunammite woman, who recognizes Elisha as a man of God and generously opens the doors of her home to him. Her hospitality is not motivated by personal gain or convenience, but by a sincere faith that recognizes God’s presence in everyday life. As a result, the Lord abundantly blesses her household. This reading reminds us that every act of welcome, service, and charity offered for the love of God bears fruit and never goes unnoticed by Him.

In his Letter to the Romans, Saint Paul leads us to reflect on the profound meaning of our Baptism. Through Baptism, we have been united to the death and Resurrection of Christ. Christians are not merely called to observe religious practices; we are called to live a new life. We have died to sin so that we may walk in the freedom of God’s children. Each day, we are invited to renew our baptismal identity by turning away from whatever separates us from the Lord and embracing a life marked by faith, hope, and charity.

Finally, Jesus reminds us that even the smallest act of love done for the sake of the Gospel has immense value in the eyes of God. “Whoever gives even a cup of cold water to one of these little ones because he is a disciple will surely not lose his reward.” In a culture that often seeks recognition, status, and prestige, Christ teaches us that simple, hidden, and humble acts possess eternal greatness when they are motivated by love.

May this Eucharist help us renew our commitment to place Christ at the center of our lives, to live faithfully the grace of our Baptism, and to serve others generously, recognizing in every person the very face of the Lord.

May the Blessed Virgin Mary teach us to follow Jesus with an undivided and faithful heart.